

La violencia en el lenguaje o el lenguaje que violenta

Equidad de género y lenguaje

Anna María Fernández Poncela

Colección Teoría y Análisis



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades



CAPÍTULO II

La violencia¹ del lenguaje: uso diferencial del habla²
¿Cómo tratan los sexos al lenguaje? ¿En qué forma emplean mujeres y hombres
el lenguaje? ¿Cuáles serían los usos lingüísticos de las mujeres?
¿Cómo articulan su palabra? ¿Qué y cómo hablan las mujeres en comparación
hasta donde sea posible con los hombres?

Cuando hablamos (sea cual fuere el contenido de lo dicho) las palabras nos dicen algunas cosas sobre quiénes somos, cuál es nuestro origen geográfico, cuál es nuestro sexo y edad, a qué grupo social pertenecemos, cuánto *capital cultural* poseemos, cómo entendemos y designamos el mundo... Los usos del lenguaje constituyen un espejo diáfano de la identidad sociocultural de las personas ya que, al ser usadas, las palabras reflejan cómo somos, cómo pensamos y cómo es y cómo está organizada la vida cotidiana en una cultura y una época determinadas.

Somos lo que decimos y hacemos al decir. Y somos lo que nos dicen y nos hacen al decirnos cosas. Por ello, como señala Deborah Tannen, “las palabras importan. Aunque creamos que estamos utilizando el lenguaje, es el lenguaje quien nos utiliza. De forma invisible moldea nuestra forma de pensar sobre las

¹ En este capítulo y los dos siguientes, hablamos de *violencia*, ya que si bien el lenguaje es discriminatorio y violento, no siempre tiene la clara intención de dañar —tampoco es fuerza positiva en estos casos. En el siguiente utilizamos el concepto de *agresión* por considerar que el discurso y mensajes que se analizan e interpretan presentan una clara intención, consciente o no, de perjudicar o denigrar, amenazar o dañar, discriminar con desprecio, desprestigio, humillación, atemorización, incluso hasta llegar al señalamiento de la muerte; esto es, una forma de hostilidad instrumental de manera muy marcada.

² Los estudios revisados aquí y en los siguientes apartados se refieren al español en general y algunos al inglés —en dicho caso lo mencionaremos. De esta segunda lengua hemos tomado lo que consideramos aplicable para la primera y así lo especificamos de forma oportuna.

demás personas, sus acciones y el mundo en general". Por ello, el uso del lenguaje —lo que se dice y se hace al decir y al nombrar el mundo con palabras— es un acto nada inocente, ya que el modo en que utilizamos el lenguaje no sólo afecta al intercambio comunicativo entre las personas, sino también al modo en que designamos la realidad y en consecuencia, a la manera en que accedemos al conocimiento del mundo en que vivimos (*Guía de buenas prácticas...*, 2006:32).

Este apartado revisa una serie de características en cuanto al uso del habla y la conversación de forma diferente según sea hombre o mujer el hablante, en nuestra cultura y nuestro idioma en general. En especial y concretamente nos centramos en el habla de las mujeres. Todo ello recogiendo varios estudios, con perspectivas diversas. Pensamos que mujeres y hombres no se expresan al hablar de manera idéntica, sin embargo consideramos que tampoco utilizan dos lenguajes distintos. Más bien proponemos que se trata de dos estilos diferentes o de preferencias por sexo en su uso y expresión. Esto último, las inclinaciones y preferencias distintas, es lo que deseamos destacar aquí, sin dejar de pensar que el lenguaje es básicamente similar. Todo tiene que ver con las configuraciones biológicas, psicológicas y culturales de ambos sexos, y las características emocionales y sociales que van más allá del lenguaje, aunque éste pudiera influir de algún modo en aquéllas, toda vez que es influido por ellas. Repetimos, mujeres y hombres hacen uso de un mismo lenguaje, lo diferente es su forma de utilizarlo y sus preferencias al emplearlo. Otro aspecto a tener en cuenta son las diferentes posibilidades de expresión, equidad e inclusión de las que son objeto las mujeres y los sistemas simbólicos que supuestamente las representan; lo mismo podemos decir de los hombres. El lenguaje, y en concreto determinado uso diferencial del habla por parte de ambos sexos, es pues, el tema central de este capítulo. Los estilos conversacionales los tratamos en el siguiente apartado.

Subrayamos de nuevo que a pesar de que nos centremos en las diferencias, hay más semejanzas que discrepancias en el uso del lenguaje entre hombres y mujeres. Sin desconocer perspectivas y enfoques diversos entre estudiosos/as de la materia, aquí decidimos ver lo que comparten y consideramos útil o vigente de cada uno de ellos. Nos abocamos en especial al estudio del habla femenina, entre otras razones, porque hay diversas investigaciones y reflexiones sobre el tema, lo cual no existe hasta la fecha sobre los hombres.

Habla y estilos conversacionales, muchas perspectivas, pocas conclusiones

Partimos de la consideración de que hombres y mujeres no hablan de forma idéntica, pero tampoco utilizan dos lenguajes diferentes —aunque a veces parece que no se entienden, y no es broma—; quizá, eso sí, estilos distintos, como varias autoras destacan (Tannen, 1996; Humm cit. Coates, 2009). Ambos sexos hacen uso de un mismo lenguaje, y más que diferencias hay preferencias en cuanto a su empleo. Por otra parte, hay que cuestionar las posibilidades de expresión plena de la subjetividad femenina y los sistemas simbólicos que representan a las mujeres (Gilligan, 1982; Rich, 1983); lo mismo podría decirse de la población masculina, pero esto es un tema menos trabajado, como decíamos.

Hace unas cuatro décadas ya se afirmaba que en la lengua inglesa la centralidad del hombre no es inocua ni trivial (Lakoff, 1973). Dicha consideración es por supuesto extensible a otros idiomas. Además, en general, no es algo consciente en la comunidad de hablantes, ni en la población en general, ni en algunos/as especialistas en el lenguaje. Se trata de lo que hemos definido anteriormente como violencia simbólica y lingüística, en este caso pasiva. Pero hay ejemplos claros y directos, es más, en varias culturas del mundo las mujeres tienen prohibido pronunciar determinados vocablos o tenían que emplear un lenguaje especial (Jayme y Sau, 1996). Y es que el habla femenina como expresión no siempre ha sido bien vista en algunas sociedades y en diversos espacios. De ahí los duros mensajes críticos desde cierto discurso social negativo que ha tenido lugar durante siglos en buena parte del planeta, en expresiones populares y cultas, y tanto en medios serios como humorísticos. La crítica, burla y desaprobación del habla de las mujeres han generado desde las reflexiones aparentemente más profundas hasta las ocurrencias ridículas que todo el mundo conoce, y de las que se hace eco.

Chistes populares:

- “—Me dijeron que usted es un hombre que domina muchas lenguas.
—Efectivamente, domino todas, menos una.
—¿Cuál?
—La de mi esposa.”

- “—¿Por qué creó Dios primero al hombre y luego a la mujer?
—Para que tuviera tiempo de decir algo.”

Refranes populares:

- “La lengua de las mujeres es una espada que no se oxida nunca” (China)
- “Es posible que una mujer sin lengua murmure, pero es imposible que, teniéndola, sea muda” (Portugal)
- “Cuando las mujeres hablan, el mundo se calla” (Suecia)
- “Lengua de mujer, cuchillo de dos filos” (Rumania)

Frases de hombres cultos:

- “Hay mil maneras para hacer hablar a las mujeres, pero ni una sola para hacerlas callar” (Guillaume Bouchet)
- “La mujer pertenece a una raza ligera, impúdica, orgullosa, disoluta, vengativa, testadura, ociosa, parlanchina y mal hablada” (T. Agrippa D’Aubigne)

Con estas breves ilustraciones, que no requieren ningún comentario, mostramos el discurso acusador o ridiculizador de la capacidad lingüística femenina, en varias culturas y desde expresiones diversas.

En la actualidad, hay unos cuatro enfoques o perspectivas en los estudios sobre el tema —que ya examinamos. No obstante sus críticas mutuas y el señalamiento de errores o aciertos varios, aquí consideramos a todos ellos con lo válido de sus aportes, por lo que recurriremos a varios/as autores/as en estas páginas.

En primer lugar, lejano ya en el tiempo, está el enfoque del déficit, con Robin Lakoff (1973), que habla de un “lenguaje femenino” y, entre otras cosas, de cómo la mujer aprende un lenguaje débil y poco firme, incluso superficial, a diferencia del lenguaje directo, firme y asertivo masculino. El segundo enfoque es el de la dominación (Zimmerman y West, 1975), el cual afirma que la mujer excluida del poder y subordinada a los hombres se expresa en un lenguaje diferente, reflejo de esta desigualdad social y reproducción de la misma. La

tercera perspectiva es la de la diferencia (Tannen, 1996), la cual sostiene que hombres y mujeres pertenecen a subculturas diferentes –no inferiores o superiores, distintas– y poseen psicologías también disímiles, así como una voz diferente, lo cual da como resultado un lenguaje diferente, que es una fortaleza y hay –según esto– que celebrarla. El cuarto enfoque, y el más actual, es el dinámico o de la construcción social, según el cual, el género, la identidad y la lengua son una construcción social más que algo establecido, están en construcción (Coates, 2009:27).

Finalmente, a pesar de las miradas o visiones diversas, en ocasiones el enfoque siguiente históricamente hablando se ha erigido criticando al anterior, y las diatribas han ido en el sentido justificatorio, una de las formas más usadas para construir ciencia y conocimiento en nuestra cultura, sin olvidar la competitividad y la capacidad argumentativa intelectual. Todo ello más tendiente a la racionalización que a la racionalidad en términos de Edgar Morin (2007). Aquí, acordes con el pensamiento complejo según este mismo autor, hemos optado por seleccionar ideas y argumentos de una variedad de autoras/es en torno al tema que nos interesa, más que adscribirnos a un enfoque concreto. Por ello retomamos aquellos asuntos que consideramos útiles y cercanos a la realidad práctica y cotidiana, más allá de que sirvan a una coherencia teórica lineal ideal, única y acabada. Daremos pues un punteado de ideas en torno al habla de las mujeres, y hasta donde sea posible teniendo en cuenta también a los hombres.

Diferencias cerebrales y lenguaje

Al iniciar la reflexión sobre el lenguaje lo primero que siempre nos viene a la mente es la parte física y biológica, y después, lo psicológico y cultural. Esto es, primero lo neuronal y químico, las relaciones entre cerebro y aprendizaje del lenguaje. Para empezar, el cerebro femenino tiene, en comparación con el masculino, once por ciento más neuronas en zonas específicas especializadas en percibir y diferenciar sonidos asociados con el lenguaje. Por ejemplo, el lenguaje se halla en ciertas áreas del lado izquierdo del cerebro, pero se ha comprobado por resonancia magnética que las mujeres también llegan a activar ambos hemisferios. “Las mujeres utilizan ambos lados de la corteza cerebral para hablar

porque pueden hacerlo” (Fisher, 2000:93).³ De la dotación biológica de la mujer para el habla, la más extraordinaria es la hormona llamada estrógeno, ya que facilita la transmisión de información entre neuronas (Buxó, 1988; Lozano, 2005).

Las voces femeninas son más modulables, más musicales y más expresivas que las de los hombres, rasgos que comparten con otras hembras de primates... Así pues, la mujer ancestral probablemente adquirió los circuitos cerebrales necesarios para una gama tonal algo más compleja incluso antes de que nuestros antepasados descendieran de los árboles de África oriental hace unos cuatro millones de años (Fisher, 2000:98).

La tendencia actual es apuntar a diferencias genéticas, en la maduración fisiológica, factores hormonales y en la organización cerebral (Buxó, 1988); sobre esto último y en concreto las diferencias sexuales en la anatomía del cuerpo calloso del cerebro, se observa talla y superficie más grande en los hombres que en las mujeres. Pero por supuesto esto también está relacionado con características de personalidad, con la socialización, las actitudes y motivaciones, y todas las cuestiones de índole cultural que señalan diferencias según sexos (Jayme y Sau, 1996).

[...] últimamente se ha puesto de moda la tendencia a explicar las diferencias por cuestiones cerebrales basadas en causas genéticas u hormonales, lo cierto es que nuestra forma de hablar tiene mucho que ver con nuestra educación lingüística. Igual que aprendemos a vestirnos como se espera que lo hagamos, desde pequeños aprendemos a comportarnos y a hablar según unos modelos más o menos flexibles (García Mouton, 2003:23).⁴

³ “Las mujeres muestran un deterioro del lenguaje mucho menor que los hombres después de sufrir un nivel de daño similar como consecuencia de ataques u otras formas de lesiones cerebrales (McGlone 1990 y Hines) [...] o bien los hemisferios de las mujeres comparten las funciones en mayor grado, o bien el grado de intercambio y conexión entre los dos hemisferios es mayor en las mujeres que en los hombres (Gorski 1985)” (cits. por Clare, 2002:53).

⁴ Obsérvese el uso del género gramatical masculino. Esta autora prosigue: “Es curioso observar hasta qué punto un niño, o una niña, habla parecido a como lo hacen sus padres, no sólo en las expresiones y en las palabras, sino hasta en el timbre de voz y la entonación, o en la forma de hacer las pausas entre frases. Y no nos debería extrañar: a veces resulta llamativo ver

Los descubrimientos que día a día se hacen en la neurociencia demuestran que los seres humanos están condicionados por factores biológicos y no sólo culturales. Así, mujeres y hombres presentan una estructura del cerebro con algunas diferencias, además de acercarnos al mundo con miradas, valores y prioridades distintas. En concreto y sobre el habla femenina y el cerebro hay que decir que las estructuras cerebrales de hombres y mujeres son distintas por motivos evolutivos, por tanto, sus capacidades e inclinaciones son también diversas. Para empezar las mujeres tienen el cuerpo calloso más grueso y treinta por ciento más de conexiones entre ambos hemisferios, además de la influencia del estrógeno, como ya apuntábamos, y hoy sabemos que a más conexiones tiene lugar un habla más fluida (Pease, 2010).

Por otro lado, la aplicación de pruebas con escáner cerebral, en el momento del habla, ha evidenciado que a las mujeres se les activa el hemisferio izquierdo y el derecho, además de las funciones auditivas, por lo que pueden escuchar y hablar simultáneamente de varios temas; mientras que a los hombres se les activa el hemisferio izquierdo y únicamente pueden escuchar o hablar. La región cerebral responsable del vocabulario en las mujeres se sitúa en la parte frontal y trasera de ambos hemisferios y en los hombres en el izquierdo, lo cual hace que a las mujeres no les importe mucho definir palabras; y las mujeres emplean también el tono de voz, el lenguaje corporal y el contenido emocional al momento de hablar, mientras que a los hombres les suele interesar más la definición exacta de los vocablos (Pease, 2010).

Por todo ello la habilidad y capacidad lingüística femenina, más allá de los viejos y discriminatorios estereotipos y de los nuevos discursos de lo políticamente correcto, es un hecho que se observa biológicamente en el estudio neurológico. Al activar ambos hemisferios son buenas comunicadoras, disfrutan hablar y poseen habilidad para ello, además al estar ubicadas en zonas específicas las habilidades del habla, tienen libres otras partes del cerebro que les permiten realizar otras cosas a la vez (Pease, 2010). Toda una amplia y compleja dotación biológica que se desarrolló en la evolución y que se estructura en lo

que repiten incluso su misma risa, sus movimientos y sus gestos más personales. Los chicos, a partir de determinada edad, copian modelos masculinos, y las chicas, por su parte, imitan también los femeninos” (García Mouton, 2003:23).

cultural, toda vez que esto último también contribuye al modelaje de lo físico. Si bien estas posturas sociobiologistas han sido criticadas, lo cierto es que son una realidad hoy innegable.

Aprendizaje, socialización y lenguaje

Ya hace cierto tiempo que tenemos clara la diferencia de aprendizaje y expresión lingüística entre niños y niñas, como han manejado las y los especialistas en la materia. “Durante años se ha aceptado que las mujeres son superiores a los hombres en todo lo relacionado con la capacidad verbal [...] la superioridad femenina en tareas verbales ha sido una de las generalizaciones más firmemente establecidas en el campo de las diferencias de sexo” (Jayme y Sau, 1996:169). Todo esto tiene que ver con la conformación neuronal que ya vimos, y la cuestión cultural, el aprendizaje y la socialización que ahora revisaremos.

Varias son las interpretaciones para estas diferencias:

Tengo la impresión de que los niños aprenden a comprender los mensajes verbales tan pronto como las niñas, pero no responden de la misma forma. Aunque entiendan la expresión, no hablan. La explicación más en boga para esta experiencia de maduración lingüística es quizá la hipótesis de la identificación. Así, McCarthy (1953) sugiere que las niñas hablan antes que los niños porque se identifican con sus madres (también habladoras), mientras que el lenguaje y la voz del padre más bien asustan al hijo varón. Otra hipótesis consiste en afirmar que es posible que a las niñas se las prefiera, se les trate con más cordialidad y se les hable con más frecuencia y aprecio. Finalmente una tercera hipótesis es la de que las niñas practican más la conversación que los varones y que sus juegos tienen un componente lingüístico mayor (Bardwick, 1983:179-180).

Explicaciones hay varias, pero en general y en la vida cotidiana y práctica parecen claras las habilidades lingüísticas de las niñas:

[...] en término medio las niñas aprenden a hablar con menor edad (aunque la diferencia es pequeña) y tienen tendencia a emplear antes las frases cortas (Terman y Tyler, 1954). Las niñas articulan la palabra antes que los niños y con

más claridad, emplean frases largas a una edad más precoz, y generalmente poseen mayor fluidez verbal durante los años preescolares. Las niñas aprenden a leer antes (aunque los niños las alcanzan hacia los diez años) y durante los años de colegio son mejores en gramática, deletreo y fluidez de palabra (Bardwick, 1983:180).

Las niñas hablan antes, como a los tres años poseen el doble de vocabulario y la pronunciación de las palabras es casi cien por ciento comprensible (Pease, 2010). Conversan más y de manera más fluida hasta los cinco años. Luego se observa cómo los niños empiezan a dominar las conversaciones mixtas y pronuncian oraciones más largas. A los 15 años aproximadamente los niños ya interrumpen (Coates, 2009).

La investigación científica y la reflexión social han ido afianzando esto. Hoy podemos afirmar que niños y niñas reciben supuestamente por igual los primeros estímulos verbales por vía femenina, la lengua materna. El lenguaje desempeña un papel central en el desarrollo infantil para convertir al niño o niña en “ser social”, y es el instrumento por el cual le son transmitidos los modelos de vida, cultura, manera de pensar y actuar, normas y valores de una sociedad (Ricci y Zani, 1990). Si bien ciertamente niños y niñas muestran diferentes capacidades de aprehender dicho lenguaje y desarrollarlo, la documentación existente sugiere que la mujer aprende y usa con más rapidez y facilidad la lengua que los hombres. Esta diferencia está en función de las variaciones de organización y maduración cerebral distinta entre ambos sexos (Buxó, 1988; Juliano, 1998), además de las hipótesis culturales expuestas con anterioridad. Poseer habilidades verbales y tener en cierta medida un lenguaje discriminatorio no deja de resultar un tanto ambivalente para las mujeres (Swann, 1992). Es más, “La relación de la mujer en el lenguaje es intrínsecamente contradictoria, porque el lenguaje la empuja a emplear un sistema de representación y expresión que la excluye y la mortifica” (Violi, 1991:100). No ahondaremos aquí sobre este tema concreto, pues es una contradicción existencial.

Volviendo a nuestro objetivo, “A la hora de hablar, las mujeres tienen ventaja. En Estados Unidos, es frecuente que las niñas pequeñas parloten más que los niños; y que empiecen a hablar antes. Al crecer, las niñas utilizan frases más largas, así como construcciones gramaticales más complejas, como la voz pasiva” (Fisher, 2000:90). Muchas de estas características lingüísticas son

compartidas en otras culturas, como Japón, Inglaterra, la República Checa, Nepal... En el caso del español: “las niñas dicen su primera palabra antes que los niños, aprenden nuevas palabras más deprisa y pronuncian mejor. Es decir, las diferencias parecen darse en los aspectos productivos del lenguaje, pero no en los razonamientos” (Jayme y Sau, 1996:169).⁵

Niñas y mujeres sobresalen en lo que los psicólogos llaman dominio verbal, es decir, encontrar rápidamente la palabra, frase u oración justa. Por término medio, las mujeres maduras pueden enumerar casi dos veces más sinónimos de palabras comunes como agudo o salvaje, repiten los trabalenguas con mayor precisión y son capaces de soltar una retahíla mayor de palabras que empiezan con una determinada letra. Aunque hombres y mujeres poseen vocabularios de igual tamaño, los hombres tienen menor capacidad para buscar con rapidez en su memoria y encontrar la palabra adecuada (Fisher, 2000:90).

Ya mencionamos la importancia de la madre en la adquisición del lenguaje. Por medio de ella, junto a toda la familia, la escuela, los grupos de pares y los medios de comunicación, así como la cultura en general, las y los infantes internalizan los primeros roles y estereotipos acerca de su sexo, que preparan el camino para sus vidas. Así, los seres humanos aprenden a clasificar sus conocimientos del mundo de forma dual, pero los dos polos de la misma dimensión no poseen valores iguales aunque ambos sean considerados necesarios. Se trata de una organización bipolar o binaria del mundo, los sexos y determinadas características forman parte de esta concepción de la sociedad (Sau, 1986). Este es pues un *handicap* del cual se parte: la mujer no tiene el mismo valor que el hombre.

Consecuencia de la diferente endoculturación infantil ejercida por razones de sexo, es la utilización del lenguaje de forma distinta —expresividad, léxico, etcétera—, uno de los comportamientos aprendidos y reproducidos a lo largo

⁵ Como curiosidad, en 1996 Gallup hizo una encuesta en 22 países de Asia, Europa, América del Norte y del Sur, en la que solicitaba opinión sobre cuál de ambos sexos era el más hablador. En Canadá, Chile, Estonia, Francia, India, Honduras, Tailandia y Estados Unidos y otros 11 países, que representaban 3 050 millones de personas, o 53.3% de la población mundial, la mayoría de hombres y mujeres consideraba a las mujeres más locuaces, y sólo mexicanos e irlandeses consideraban a ambos sexos igual de habladores.

de toda la vida. A partir de determinada edad, los niños se decantan por un lenguaje más rudo y las niñas por un lenguaje más emotivo y cierto léxico considerado más rebuscado, señalan algunas investigaciones. Es aproximadamente alrededor de los cinco años, cuando niños y niñas han interiorizado estereotipos y roles, lingüísticos y no lingüísticos, que caracterizan a las representaciones masculinas y femeninas del mundo, y que son atribuidas directamente a cada sexo como convención cultural dominante (Coates, 2009).

Los primeros estímulos verbales, el aprendizaje por primera vez de una lengua le viene dado a todo ser humano por vía femenina. A esta lengua se le llama en términos sociales y académicos materna y no siempre coincide con la que hablará más adelante el individuo [...] Es pues a través de la propia lengua materna que las niñas y niños internalizan los primeros estereotipos acerca de su sexo (Sau, 1990:8-9).

La escuela y el profesorado son también y todavía piezas clave en la endoculturación infantil y en la creación de dos estilos comunicativos diferentes en la utilización del lenguaje y que además se relacionan con la autoestima y la formación de la identidad personal, así como la relación intergenérica, por lo cual es de suma importancia tenerlos en cuenta, respetarlos y valorarlos en igualdad. Y es que en la infancia ambos sexos “Usan distintos estilos de habla, dicho de otra forma, orientan su discurso de forma distinta, o, mejor aún, pertenecen a dos culturas comunicativas diferentes” (Bengoechea, 2003b:2). Es más, “Niños y niñas aprenden desde muy jóvenes a usar la lengua de forma diferente, tras percibir como diferentes los rasgos que caracterizan el habla femenina y masculina respectivamente y alinearse en uno de los grupos para identificarse y ser identificadas e identificados como pertenecientes a uno de los grupos” (Bengoechea, 2003b:2). Entre los rasgos destaca el discurso femenino más o menos igualitario en el juego y el competitivo masculino, producto de diferencias culturales y estilos distintos. Hay que reconocer y valorar con equidad ambos estilos.

Otra cuestión es que “cuando los niños aprenden a hablar, también aprenden el papel cultural que les es asignado con base en su sexo” (Coates, 2009:248), esto es, adquieren la identidad de género, por lo que se trata de una etapa y aprendizaje crucial en sus vidas.

La investigación sobre el tema concluye que:

[...] niños y niñas utilizan estrategias conversacionales radicalmente distintas. Las niñas prefieren un estilo más mitigado: utilizan formas lingüísticas que minimizan las diferencias entre los participantes y son más sensibles a la necesidad de proteger la imagen tanto del hablante como del escucha. Los niños, por su parte, prefieren un estilo de mayor confrontación y dan seguimiento a sus propios asuntos sin referirse a los demás participantes. Mientras que en el caso de los varones de esta edad⁶ ganar es de fundamental importancia, las niñas parecen estar conscientes de que cuando hay ganadores también hay perdedores y, por lo tanto, prefieren que el desenlace sea negociado conjuntamente (Coates, 2009:283).

No obstante, en determinadas circunstancias también se ha llegado a observar un estilo confrontativo por parte de las niñas, es más se considera que en ocasiones “las niñas pueden cambiar de estilo para adaptarse al contexto socio-lingüístico” (Coates, 2009:284).

El lenguaje determina en cierto modo el lugar de la mujer (Sau, 1990), pero también el del hombre. “Ser hombre implica un trabajo, un esfuerzo. No sucede lo mismo con la mujer. Así como no suele oírse: ‘Sé una mujer’, como un llamado al orden, la exhortación al niño, al adolescente, e incluso al hombre adulto es lugar común en la mayoría de las sociedades” (Badinter, 1993:16). Queda clara pues la importancia del aprendizaje y la socialización en la conformación lingüística y social de toda persona. Primero, como vimos, lo neurológico y la química cerebral. Segundo, el peso de la socialización y el aprendizaje.

Como parte de su configuración genérica cultural y dato de socialización, las mujeres hablan para obtener recompensas emocionales, crear o reforzar relaciones, o para liberarse de problemas y del estrés, incluso piensan en voz alta; no buscan siempre solucionar problemas, ni respuestas, sino que las escuchen. Por su parte, los hombres hablan mentalmente para sí, y al hacerlo en voz alta se manifiestan de manera más concisa y directa, y pueden llegar a sentirse invadidos con las formas expresivas femeninas. Sobre esto reflexionaremos más adelante.

⁶ Este estudio conversacional al que se refiere es sobre jóvenes de 16 años.

Hablar y callar⁷

Antes de presentar las diferencias y preferencias diversas en el habla de mujeres y hombres, revisaremos la importancia de hablar o callar —esto es, el silencio— y los contextos sociales considerados o no para hacerlo según sexo. “Casi todos los tópicos relacionados con el lenguaje de la mujer hacen referencia a su carácter excesivo, censuran ese presunto exceso e incluso tratan de inculcar en la mujer una especie de autocensura para que lo reprima. Y lo que no deja de ser curioso es que algunos de estos tópicos son justamente la otra cara de sus reconocidas virtudes” (García Mouton, 2003:157). Esto ya ha sido tratado y mencionado con anterioridad y seguirá revisándose a lo largo de estas páginas. En todo caso, no nos cansaremos de subrayar lo destacado del asunto, así como la gran contradicción y confusión existentes sobre el tema. Las mujeres tienen actitudes, capacidades y habilidades lingüísticas superiores a las masculinas en determinados contextos, sin embargo, el discurso social hegemónico reprime dicha virtud y la reconvierte prácticamente en defecto, o, peor aún, en pecado.

Así, desde el popular refrán español que menciona Fisher (2000:92): “Antes se queda el ruiseñor sin canción que la mujer sin conversación”, pasando por citas de ilustres: “El placer de hablar es pasión inagotable de la mujer”, escribió el dramaturgo francés Alain-René Lesage a comienzos del siglo XVIII, y con él coinciden personas del mundo entero” (Fisher, 2000:91), tenemos un sinnúmero de ejemplos en la cultura popular (Fernández Poncela, 1994, 2002a, 2002b)⁸ y en la cultura más elevada —a juzgar por las frases célebres de algunos hombres reconocidos (Fernández Poncela, 2009)—, amén de obras literarias connotadas (Lozano, 2005), pasando incluso por la publicidad actual. En todas las narrativas y discursos se critican, juzgan y condenan las habilidades lingüísticas de las mujeres en diferentes épocas históricas, lugares geográficos y culturas, hasta nuestros días. Esto se hace tanto por la cantidad del habla como por la adjudicada cualidad negativa de la misma:

⁷ Título tomado de Burke (1996).

⁸ Según el refranero popular, las mujeres son: charlatanas, mentirosas, indiscretas, incoherentes y traicioneras en el uso del habla (Fernández Poncela, 2002a). Charlatanería es algo así como hablar mucho y sin sentido, sin sustancia o propósito (DRAE, 1992).

Pero nuestra cultura ha optado históricamente por desvalorizar el lenguaje femenino como tal, independientemente de sus concreciones [...] Aquí sólo señalaré que la desvalorización se dirige tanto a la cantidad de expresión femenina (me refiero al consenso social de que las mujeres “hablan demasiado”, cuando por lo contrario todos los estudios empíricos ponen de relieve un intento sistemático masculino de monopolizar las verbalizaciones), como a la calidad de las expresiones (la conversación femenina vista como parloteo insustancial) y a los temas que toca (considerar la información sobre personas, indispensable para el funcionamiento social, como chafardería) (Juliano, 1998:110).

Desde antiguo, por diversas razones, entre ellas la división sexual del trabajo, las mujeres conversaban entre sí en espacios y tareas compartidos: buscar agua, coser, lavar, ir de compras, además de estar la mayor parte del tiempo en convivencia con la familia y en el hogar. En estos lugares, ellas conversaban y se expresaban con ciertos niveles de libertad, por lo que se les acusaba y condenaba (Fernández Poncela, 2002a). Por su parte, los hombres hablan más cuando están en grupos formales y en grupos mixtos. Tras una conferencia hacen más preguntas y más largas. Los/as psicólogos/as opinan que la población masculina es quien utiliza más palabras en espacios públicos, como congresos y lugares de trabajo, con objeto, entre otras cosas, de demostrar y reforzar su rango (Tannen, 1996; Fisher, 2000). Las mujeres hablan más en casa y cuando están entre mujeres, con objeto de fortalecer las conexiones familiares y de amistad (Fisher, 2000). Todo lo cual será ampliado más adelante.

El poder y las relaciones de poder están en toda interacción, y también en las relaciones de género como ya dijimos que subraya Scott (1996). En reunión grupal quien tiene poder es quien platica más, esto es, los hombres. En situaciones íntimas, en el hogar, la población femenina es la que habla más; en este contexto, el que habla menos es el que tiene el poder, pero es el que decide cómo, cuánto y cuándo hacerlo (Castañeda, 2002).⁹

⁹ Según esta autora el silencio del hombre obliga a la mujer a llenar ese vacío de comunicación con interpretaciones. “Observamos aquí una transferencia del trabajo de la comunicación y de la carga emocional” (Castañeda, 2002:100). El silencio puede ser también una expresión de poder. Además el silencio puede ser utilizado como castigo. Añade también que las mujeres se quejan de la falta de comunicación masculina en nuestra sociedad, que los hombres no saben

A continuación revisaremos el habla de hombres y mujeres, especialmente de estas últimas, algo de sus estilos conversacionales, según enfoques, obras y autores/as diversos/as. Reagruparemos tendencias o preferencias en el uso diferente del habla, sin olvidar lo ya dicho: hay más similitudes que diferencias, aunque remarquemos lo segundo sobre lo primero, por su visibilidad, por el interés que ello tiene, y porque, al fin y al cabo, responsabilizamos a nuestra cultura.

Inflexión interrogativa, expresiones indirectas, formas incompletas, entonación de sorpresa

Según la investigación existente al respecto, las mujeres generalmente emplean más preguntas de apoyo o muletillas tras una frase afirmativa —¿no crees?, ¿no es cierto?, ¿no es así?, ¿verdad?—, lo que refleja, o así se interpretaba antes, rasgos de cierta inseguridad; además, frecuentemente prefieren el uso de construcciones interrogativas en general. La inflexión interrogativa es usual, y busca seguramente la aprobación del interlocutor/a en la conversación. También la habitual pregunta al final de la frase, que a veces resulta poco menos que innecesaria pues no se busca una respuesta por parte del otro/a interlocutor/a (Lakoff, 1973). Pero todo esto, hoy día puede ser interpretado como una manera relacional inclusiva en el habla (Bengoechea, 2003a), con lo positivo que tiene esta segunda interpretación ante la tradicional y más conocida. En todo caso, se describe el habla femenina sin juzgar.

Por otro lado, utilizan frases débiles o de manera indirecta para expresar deseos u opiniones. La pronunciación de formas incompletas o finales con entonación de sorpresa es otra característica común. Todo es parte de una supuesta y aparente muestra de inseguridad y dependencia, según algunas autoras,

hablar y son incapaces de escuchar. Pero no se trata de una incapacidad sino más bien de un mecanismo de poder, en algunos casos inconsciente. Como también de las diferentes maneras de utilización del habla, según contextos de intercambio, situaciones y aspectos emocionales y culturales de largo alcance. Si bien, el silencio es diferente según situaciones y contextos y puede ser también un “vacío fértil” (Perls, Hefferline y Goodman, 2006).

pero también pudiera traducirse como amabilidad extrema, o simplemente una forma de agrandar, o de implicar a la otra persona y facilitar la fluidez (García Mouton, 2003).¹⁰ Además de proponer temas de conversación, buscar consenso, minimizar diferencias (Bengoechea, 2003b), en todo caso mantener viva la conversación y obtener información (Coates, 2009). Sucede que en nuestra sociedad se ve mal la vulnerabilidad y la falta de certeza, tanto colectiva como individual; sin embargo, no es nadie tan fuerte realmente, como cuando siente y muestra su vulnerabilidad. Pero esa es ya otra historia, como también es otro asunto considerar la incertidumbre como sabiduría (Watts, 2007).

Con relación al tono de voz y la expresión, los hombres suelen hablar más fuerte que las mujeres y ellas lo hacen de forma más débil en general (Lakoff, 1973). Entre las mujeres tiene lugar una entonación más melódica y una pronunciación más expresiva, entonaciones exclamativas, admirativas, o incluso interrogativas, como hemos dicho (García Mouton, 2003), que hay quien considera exageradas, y hay quien piensa que simplemente son más expresivas y emotivas al pronunciar y entonar, mediante lo cual incluso muestran sentimientos y estados de ánimo.

Todo lo comentado con anterioridad en ocasiones puede interpretarse como un habla que se oculta, se excusa, se disfraza, no afirma ni explicita, no es directa sino más bien alusiva, algo así como hablar sin hablar, o hablar sin afirmar, para que no se note o no quede claro. Y es que las mujeres, a veces, se ocultan como sujeto de enunciación, mientras que los hombres se sitúan a sí mismos en el centro del discurso (Violi, 1991). Un discurso social que hasta hace poco o hasta hoy en día es predominantemente androcéntrico (Moreno, 1986).¹¹ Sin embargo, como ya mencionamos, estas formas de expresión pueden relacionarse tanto con incertidumbre, como con certeza, con el propósito de mantener la conversación, hacer sentir bien a la otra persona, ser cooperativa e inclusiva en las conversaciones, mostrar vulnerabilidad o amabilidad. Quizá sería más

¹⁰ Si el lenguaje y el habla son comunicación, suele considerarse que las expresiones interrogativas son una forma de mantener contacto de baja temperatura, una manera de no comprometerse como sí lo hace quien emplea expresiones afirmativas. El interrogante puede representar incertidumbre o tanteo (Polster, 2005).

¹¹ De Lauretis (cit. por Violi, 1991) afirma que la mujer está excluida del discurso, toda vez que es prisionera del mismo.

correcto pensar sobre esto último: que se trata de formas de habla cooperativas e inclusivas, más que inseguras o tendientes a la autoanulación y el desdibujamiento como en otro tiempo se pensó.

Intensificadores, calificativos, lenguaje específico

En ocasiones se afirma que las mujeres hablan de forma exagerada. Así se ha llegado a calificar algunas expresiones concretas, tales como el empleo de intensificadores de escaso significado, según dicen, y efecto desconcertante —adjetivos y adverbios “vacíos”: maravilloso, dulce, divino, encantador, terrible, etcétera. Si bien también es posible pensar que son expresiones con sentido. En cuanto a los usos léxicos específicos propios del universo del registro femenino, existen los adjetivos calificativos, como los colores o referencias a la cocina. Incluso enfatizan los adjetivos: “preciosísimo” (Lakoff, 1973).¹²

Parecería normal pensar que las mujeres desarrollan un lenguaje especializado en aquellos campos que les son asignados socialmente y los cuales conocen amplia y profundamente: la casa, la cocina, los hijos, entre otros. Además, por supuesto, en el ámbito de las emociones así como su exposición. Por ello el empleo de la terminología particular tiene, en general, más carga afectiva: delicioso, ideal, perfecto, adorable, tremendo, gustar mucho, fascinar, volver loca, divinamente, enormemente, superbien, supercomplicado, cariño, cielo, dulzura, tesoro, corazón, mi vida, mi amor (García Mouton, 2003). Esto vale para conversaciones intergenéricas, pero sobre todo tiene lugar en los intercambios de palabras entre los grupos de mujeres.

Desde otra mirada más abierta y flexible, esto mismo puede considerarse como un vocabulario más amplio y expresivo, y también con mayor capacidad para comunicar sentimientos (Tannen, 1996; García Mouton, 2003), entre otras cosas; sin juzgar, comprendiendo lo funcional o disfuncional del asunto, aceptando las diferencias y valorándolas en vez de subestimarlas o despreciarlas.

¹² Hay una especie de chiste que aclara lo de los colores. Donde los hombres dicen “rosa”, las mujeres pueden ver y diferenciar: clavel, fresa, chicle, magenta, salmón. Cuando los hombres ven azul, ellas encuentran: rocío del mar, verde azulado, cielo, turquesa, etcétera.

También se afirma que en conversaciones mixtas los hombres imponen sus temas e ignoran a veces los introducidos o aportados por la población femenina. Es más, en nuestra sociedad suelen todavía oírse conversaciones de temas “masculinos” o “femeninos”.

Áreas enteras se excluyen del discurso de los hombres, por tratarse de “cosas de viejas”: por ejemplo, el quehacer doméstico, los sentimientos, las relaciones interpersonales [...] Y otros temas son intocables por ser del dominio exclusivo de los hombres, como el dinero o la política. Éstas son cuestiones que muchos hombres se rehúsan a tratar con las mujeres. Notemos de paso que este esquema es el mismo establecido por los adultos con los niños [...] Muchos hombres adoptan la misma actitud frente a las mujeres: en el fondo, no consideran que sean aptas para entender ciertos asuntos (Castañeda, 2002:107).¹³

Eufemismos, frases educadas y correctas, lenguaje cortés, y diminutivo

Muchas de las claves para entender el lenguaje de las mujeres, lo que algunos llaman “feminolecto”, están en eso, en la educación y la cortesía, porque, de los rasgos que hemos visto como propios de la mujer, muchos coinciden con los que conforman un comportamiento lingüístico cortés. Son el resultado de una educación estricta, en la que la cortesía venía a encubrir un papel secundario y obediente (García Mouton, 2003:136).

En términos generales se suele considerar que las mujeres hablan más usualmente según las normas del lenguaje, esto es, de forma más correcta que los hombres y también de manera más cortés (Lakoff, 1973).

En cuanto a los eufemismos –forma de expresión suave de algo que pudiera parecer duro o malsonante–, los decimos tanto hombres como mujeres. Expresiones como “dar a luz” en España o “aliviarse” en México, para no decir

¹³ Sobre el tratamiento de las mujeres como menores de edad, comparadas con infantes, tiene bastante que decir el refranero popular (Fernández Poncela, 2002a).

la palabra “parir”, son en cierta forma eufemismos. Sin embargo, se considera que las mujeres son más cercanas a esta práctica que la población masculina en su conjunto. Son más dadas a los eufemismos y a las frases educadas y el lenguaje hipercorrecto, excesivamente cortés —como ya afirmamos. En su habla hay también una ausencia mayor o uso menor de insultos y palabras malsonantes (Lakoff, 1973). No suelen utilizar, o lo hacen en menor medida, palabras fuertes o expresiones vulgares. “¡Las niñas no dicen palabras feas!... Y, si a las niñas les dicen desde pequeñas que ellas no pueden decir palabrotas, el mensaje implícito es que, aunque esté mal, los niños sí pueden decirlos” (García Mouton, 2003:110). Aparentemente se trata de una manera de evitar cuestiones desagradables o negativas; en ocasiones, volvemos a lo mismo, el empleo del lenguaje en principio más educado, y por lo tanto también, una manera de ser y de mostrarse al mundo.

También se dice que los tiempos verbales como el condicional —gustaría, esperaría— o los verbos modales que indican mayor cortesía —desear, gustar, poder— son más usuales en el habla femenina (Lakoff, 1973). Por otra parte, emplean con menor frecuencia verbos que indican hostilidad abierta, y usan más a menudo verbos relacionados con estados psicológicos (Gilley y Summers, 1970), o emocionales como decíamos en el apartado anterior.

Parece claro que en términos generales y según los diversos estudios consultados al respecto, las mujeres suelen ser más amables, educadas y corteses al hablar, e incluso se dice que sonríen más y se muestran más agradables. Eso sí, no se sabe si por ser mujeres, o porque se encuentran en una situación de subordinación (Violi, 1991), o porque así fueron instruidas, o porque simplemente así quieren ser. Esta tendencia, sobre la que varias autoras coinciden (García Mouton, 2003; Coates, 2009), tiene también que ver con educación y situación social, entre otros factores, más allá del sexo.

Esquivar asuntos conflictivos o proponer cuestiones agradables, utilizar formas indirectas, evitar palabras ofensivas, mantener la conversación y evitar un silencio grosero, implicar a las y los demás en la conversación, usar cumplidos, elogios y halagos, son, entre otras cuestiones, ilustraciones de cortesía (García Mouton, 2003). “[...] los sociolingüistas siempre han afirmado que las mujeres se preocupan más de cómo hablan que los hombres, y que tienden a copiar las costumbres lingüísticas de la gente más educada, de un nivel social superior al suyo” (García Mouton, 2003:24). Se ha detectado que esto sucede

en varias lenguas, y se aduce como razón de ello la obtención de prestigio; sin embargo, también está el prestigio encubierto al romper las normas y al conversar de manera fuerte o grosera como algunos hombres lo hacen (Coates, 2009).

El diminutivo, por ejemplo, es entre gracioso y delicado, afectivo o incluso cursi, pero en todo caso modera el lenguaje o lo dicho (García Mouton, 2003). Hay quien afirma que hablar como niñas también es una forma de habla femenina, y en varias sociedades como la mexicana hay muchos ejemplos sobre el tema, si bien en México el diminutivo presenta también otros significados y funciones.

Grosso modo, las mujeres nos decantamos por el empleo de los diminutivos, de las fórmulas de cortesía, rehuimos ciertos términos considerados soeces o groseros, adjetivamos más las descripciones, dejamos con mayor frecuencia las frases inacabadas, cedemos con mayor facilidad el turno de palabra en una conversación mixta o, como mínimo, no la usurpamos con la misma decisión que los varones, entre otras cosas (Calero, 1999:72).

Y todo esto no es correcto o incorrecto, satisfactorio o no satisfactorio, es lo que es, y lo que toca es aceptarlo y comprenderlo sin desvalorizarlo, como tampoco sobrevalorizarlo.

Negación y cooperativismo

Desde la dicción, la elección de palabras, la entonación interrogativa, la articulación vacilante, el tono de voz suave, hasta el uso de un lenguaje corporal básico, son algunas de las estrategias para comunicar cierta deferencia, inconsistencia, desamparo, para colocarse en posición que haga sentirse cómodos a los demás y a los hombres en la cumbre (Chester y Goodman, 1976); esto según interpretaciones tradicionales y ya clásicas del habla femenina. Las consideraciones actuales sobre el asunto también sugieren el interés, cooperativismo, inclusión en la participación, más cercanía con el mundo de los sentimientos y una manera relacional más accesible, negociable y amable en general (García Mouton, 2003; Bengoechea, 2003a; Coates, 2009). Como se observa no cambia tanto la manera de percibir y describir la forma de expresarse, sino su valoración y análisis, su explicación.

Por otro lado, las mujeres utilizan también mecanismos de negación —no reconocen sus intereses propios—, de proyección —atribuyen a los otros los propios deseos—, e identificación —adoptan los deseos de los otros como propios—, igual que el lenguaje académico o el lenguaje infantil, deslizándose de sus propias emociones, como estrategia defensiva para remarcar que quien habla está a merced del otro, más poderoso, o de quien se desea conseguir algo (Lakoff, 1972, 1973). De ser así, podrían ser estrategias y astucias femeninas, como hay otras en otros aspectos y otros campos (Juliano, 1992), pero también una mirada y una voz diferentes, ni mejores ni peores, repetimos, diferentes (Gilligan, 1982). Además, por supuesto, según explicaciones más recientes, está el incluir y aceptar al otro/a, mostrar empatía o simpatía, entre la comprensión y la cooperación (Tannen, 1996), en pos de una conversación más abierta y flexible, a veces, y otras sí muy atentas a palabras ajenas y mensajes externos (Bengoechea, 2003a).

Por su parte, los hombres emplean la palabra de forma “instrumental”, para informar sobre hechos e intercambiar información; mientras que las mujeres hacen un uso “expresivo”, resaltando emotividad y sentimientos, según Bernard y Wood (Violi, 1991). También se habla de que ellas utilizan más comúnmente estrategias cooperativas de conversación, en tanto que ellos son por lo general más competitivos (Cameron, 1985). Se detecta cierta tendencia, a veces, a alabar a la población masculina desde la voz femenina (Lakoff, 1975). Pero tenemos también ejemplos a la inversa. En todo caso, sí es cierto que en principio y en conversaciones mixtas el estilo masculino es más competitivo y directo, y más cooperativo y amable el de las mujeres (Coates, 2009).

Las mujeres suelen expresarse mejor en grupos pequeños. Muestran interés por sus interlocutoras o interlocutores, se conectan con palabras y expresiones de las y los mismos, con objeto de hilar la conversación, y como muestra de atención y reconocimiento de los y las otras. Además intentan amortiguar el enfrentamiento o la crítica, buscando más los puntos comunes en una discusión, que la controversia, evitando la crítica abierta o dura. Rehúyen, en general, el conflicto (Tannen, 1996). Todo lo cual puede ser interpretado de varias maneras, atribuyéndole aspectos positivos y negativos.

En términos generales suele afirmarse que las mujeres son menos rudas y violentas, más explícitas e insistentes y más educadas. Se trata de un habla que comúnmente se disfraz, se oculta, se excusa, que no se hace nunca afirmativa,

más bien es indirecta o alusiva, como si quien la emplea no tuviera derecho o posibilidad de afirmar explícitamente su palabra ni a sí misma, esto es, de legitimar su propio discurso (Violi, 1991). Es común que hablen con entonación interrogativa en oraciones que son afirmativas, con objeto de que parezcan preguntas, como si tuvieran dudas o no supieran, aparentando ignorancia o ingenuidad y favoreciendo así la seguridad masculina (Lakoff, 1975), como ya señalamos. Incluso las mujeres suelen usar un tono de voz más bajo que los hombres; eso sí, platican más rápido que éstos (Violi, 1991).

Como que conviene más sugerir que afirmar, decir las cosas suavemente y de manera algo indirecta, por ejemplo: “esto es un poco tonto, como que no me gusta decirlo”. Por todo lo cual parece que es mejor no decir no, pero tampoco sí directamente (García Mouton, 2003). Indecisión, duda, expresión de su sentir o apariencia y adaptación social.

Todo esto es posible relativizarlo, valorarlo, o incluso positivarlo. Más que verlo como inferior o negativo, mirarlo como distinto, o incluso desde una mayor flexibilidad y amabilidad, o a través del lente más que indirecto y oculador, vulnerable y sincero. En fin, queda claro que el habla femenina es más cooperativa, como venimos diciendo a lo largo de estas páginas.

Una observación que ha sido relativamente constante es que mientras los hombres tienden a disentir o a ignorar las emisiones de sus interlocutores, las mujeres suelen aceptarlas y contribuir sobre ellas. Todo indica que los hombres buscan un estilo de interacción basado en el poder y las mujeres uno que se base en la solidaridad y el apoyo (Coates, 2009:212).

Un ejemplo claro y clásico podrían ser las tan comentadas, e incluso criticadas, *interposiciones e interrupciones*. Es común leer u oír la expresión de que las “mujeres hablan mucho” o “demasiado”, pero es entre ellas mismas, porque en grupos mixtos la experiencia apunta a una reducida participación ante la presencia del otro sexo. Se afirma que en conversaciones entre hombres o entre mujeres apenas hay interrupciones; entre mujeres y hombres, 98 por ciento de las interrupciones las realizan los segundos y 100 por ciento de las interposiciones también. Parece evidente que los hombres no consideran a las mujeres como interlocutoras legítimas o iguales, tanto en el uso del turno de conversación, como en la elección del tema de la misma. Los primeros interrumpen

más a menudo a las segundas que viceversa. Esto tiene que ver con la diferente posición social de hombres y mujeres; se trata más bien de un reflejo de la misma: no prestar atención e interrumpir (Zimmerman y West, 1975). Esto pasa hasta la fecha, según reporta la investigación sociolingüística actual (Coates, 2009).

Como señalamos, ellos parecen interrumpir más que ellas. Sin embargo, es difícil saber, a veces, si las estrategias de interrupción, el silencio o la proposición de temas de discusión, son parte de la dominación masculina, ya que en diferentes contextos se observan intenciones distintas, desde dominar hasta establecer conexión, de ahí que haya quien defienda la ambigüedad entre poder y solidaridad. La interrupción también puede ser interpretada como superposición cooperativa y enmarcada en un estilo de elevada consideración (Tannen, 1996). Varias son las lecturas y también el contexto cultural es diverso en cuanto al tema, y como ya se expuso, no sólo el factor sexo cuenta.

Por otro lado, se considera que interrumpir es una expresión de poder:

[...] el más fuerte en la relación interrumpe al más débil, porque considera, conscientemente o no, que lo que tiene que decir es más importante que todo lo que pueda decir el otro. Asimismo, piensa que tiene derecho de imponerse al otro. Esto ocurre entre hombres y mujeres, maestros y alumnos, padres e hijos, patrones y empleados, médicos y pacientes, es decir, en toda relación desigual (Castañeda, 2002:101).

Según otros estudios, los hombres interrumpen a los hombres y las mujeres a las mujeres, con la misma frecuencia. Lo que hace la diferencia y determina la interrupción, no es el sexo de quien habla sino el de su interlocutor: “tanto hombres como mujeres interrumpen más a las mujeres que a los hombres” (Castañeda, 2002:101), por ejemplo.

En resumen, en general en conversaciones mixtas las mujeres se preocupan más por no interrumpir que los hombres, hablan y acaparan la palabra menos, así como cooperan más en la charla, haciendo un esfuerzo por mantenerla viva y cordial. Mientras los hombres interrumpen más, con objeto de tomar la palabra y según sus objetivos, suelen hablar más y no muestran dedicación a la conversación —no responden o lo hacen tarde— (Coates, 2009).

Hablar o no hablar, competencia y cooperación¹⁴

Eso sí, las mujeres hablan, entre otras cosas, porque les interesa la comunicación, la relación y el contacto, y aunque no tengan un objetivo informativo claro para hacerlo, hablan; mientras que los hombres se expresan cuando requieren comunicarse por algo concreto (Tannen, 1996). Además ellas suelen estar más atentas y mostrar su escucha, buscando intimidad y de manera cooperativa; en tanto que ellos se interesan más por intervenir, no suelen ser muy expresivos, y buscan una supuesta objetividad y distancia, además de conducirse de manera individualista y hasta competitiva (Bengoechea, 2003a).

Todo lo expuesto muestra que hombres y mujeres utilizan el lenguaje de forma diferente y que éste tiene ciertas características en su empleo que en ocasiones pareciera un tanto violento a la vez que puede violentar a las mujeres. Pero lo contrario también se observa, esto es, cómo la población masculina puede en un momento dado sentirse violentada por el habla femenina y sus características. Alguien puede incomodarse ante un tono de voz elevado, firmeza en el discurso o interrupción competitiva. Lo mismo que otra persona puede sentirse incómoda frente a una persona de excesiva cortesía, que interroga o exclama a menudo y en tono de voz suave.

Hablar, no hablar, no hablar a tiempo, hablar diferente, o hablar mal, son cuestiones que las mujeres pagan en muchas culturas. No deseamos generalizar, sin embargo, lo estamos haciendo en aras de presentar estudios sobre el tema y también de explicar y explicarnos la temática de este trabajo con base en tendencias observadas.

Como muestra un botón, sobre el comportamiento lingüístico de las mujeres en un grupo nahua del sur de Veracruz:

Las formas de que la cultura provee a las mujeres, destinadas a evitar las explosiones de ira de los maridos, no parecen ser efectivas. Así guarde silencio, sea sumisa, no desafíe al hombre, cumpla sus deberes, la mujer estará igualmente expuesta a los arranques de irracionalidad del marido [...] Se golpea a las

¹⁴ Y podríamos añadir como Cantinflas: "Ahí está el detalle".

mujeres por celos, por desconfianza, no tener a tiempo la comida, servirla fría o tardarse en servirla; no cumplir rápidamente con un pedido, descuidar al niño, contestar mal o tardarse en contestar. Se las golpea para educarlas, “por si acaso”, para que “no vaya a cometer mal” (Sedeño y Becerril, 1985:75).

En general, en la cultura occidental:

Las mujeres se reúnen para hablar y para contarse cosas. En cambio, para un hombre hablar suele ser sinónimo de comunicar información, de decir algo concreto; para una mujer, también, pero, sobre todo, hablar significa intercambiar opiniones, expresar y analizar sentimientos, manifestar posturas de oposición, solidaridad, aprobación o negación, lo que sea. De hecho, cuando ellas quieren premiar a alguien, le hablan, como quien da algo valioso. Y, si quieren castigar o reprochar, enmudecen, retiran la palabra (García Mouton, 2003:27).

En el caso masculino todo esto es muy distinto, lo cual tiene que ver con la interrelación emocional y cultural en la conformación social. Pero hay aparentemente más, el hecho que ellas hablen más que ellos, y aun en momentos que no hay algo claro que comunicar, según una lógica racional —o mejor dicho, según una racionalización (Morin, 2007)—, más allá de las causas de todo esto, provoca una suerte de dinámica en la que ellas son señaladas y desvalorizadas:

[...] la mujer es una niña hablando de tonterías, mientras el hombre, preocupado por cosas más serias, guarda una actitud digna y ponderada. Esta interacción de hecho infantiliza a la mujer y adjudica al hombre una posición de autoridad casi paternal. Ella aparece como el menor que reclama la atención, y él juega el papel del padre que tiene cosas más importantes en que pensar. Es una situación que sería cómica si no causara tanto sufrimiento (Castañeda, 2002:103).

En el plano de las relaciones intergenéricas y de pareja, es posible afirmar que los hombres, a veces, no están del todo atentos a las conversaciones con las mujeres en el hogar, cuyos temas consideran cuestiones “menores” por lo que

se desconectan y no escuchan, o sólo oyen información explícita. Pero también, consideran que cuando la mujer no le da la razón a su argumento, es porque no son escuchados –algo así como omnipotencia comunicativa–: “¡Es que no me estás escuchando! Si me escucharas, verías que tengo razón” (Castañeda, 2002:112). En ocasiones acontece que hombres y mujeres en una relación intergenérica se acostumbran a no hablar y a no escuchar del todo, lo cual suele ser una queja frecuente de las mujeres en terapia, por ejemplo (Castañeda, 2002). “Es verdad que a muchos hombres les cansa o les aburre esta forma de hablar, tan distinta a la suya, y entonces desconectan. De ahí que ellas puedan pensar, con cierta razón, que los hombres no saben escuchar” (García Mouton, 2003:56). Algo así como que ellos “se meten en sus cuevas y las mujeres hablan” (Gray, 1996:45), en una metáfora lúdica si no fuera porque este comportamiento causa incomunicación que deviene en sufrimiento, como ya se dijo.

Cuando los hombres dejan de escuchar, las mujeres dejan de hablar con ellos de los temas que les importan. Cuando a ellas no se les escucha en casa, buscan comprensión y apoyo en otras partes: con sus amigas o hermanas [...] con profesionales de la salud mental. Cuando los hombres perciben esto, concluyen que las mujeres son neuróticas, o chismosas, o que les están ocultando algo. De ambos lados va creciendo la incompreensión y la desconfianza (Castañeda, 2002:112).

No expresarse y no hablar, en algunos casos no sólo incomunica, también distancia y separa. Ellas platican de sentimientos y ellos suelen ser renuentes a hacerlo (García Mouton, 2003).¹⁵ Una ilustración clara: “Ella exclamó ‘emoción’ y él dijo ‘¿puedes concretar?’”. Lo mismo o similar hubiera sido que él no prestara atención a esas palabras o que simplemente permaneciera en silencio. Si bien en últimas fechas se considera que las mujeres no hablan más que los hombres –como decíamos en contextos mixtos– y también hablan de sexo, contrario a lo que se creía, lo cierto es que sí hay diferencias sobre algunos aspectos:

¹⁵ “La verdadera fortaleza, que es muy diferente del poder, no radica en rehuir la comunicación: consiste en asumir una comunicación plena” (Castañeda, 2002:114).

“Ellas hablan de emociones, de las relaciones entre personas, dicen más a menudo palabras como madre, contenta o yo. Ellos tienden a hablar más de objetos concretos, de las ocupaciones inmediatas y a decir más a menudo ordenador, hipoteca o gasolina. Y ambos hablan de sexo por igual” (Corbella, 2007:1). Sus temas de interés, conocimiento y conversación son a todas luces, diferentes. Así pues, no sólo se expresan según preferencias distintas en el uso del habla, sino que también lo hacen sobre tópicos diferentes en general.

Varios acercamientos al tema de las relaciones de pareja se centran en los problemas de comunicación. Al encontrarse en la casa de noche, ella quiere conversar de cómo ha sido el día, y él quiere olvidarlo y permanecer callado. Se habla de estilos comunicativos diferentes. Se dice que los hombres hablan con un estilo más operativo, para resolver situaciones y problemas concretos. Las mujeres se comunican más para la expresión de emociones y el establecimiento de lazos afectivos. Ellas necesitan hablar y darle vuelta a los problemas aunque no tengan solución; se trata de una manera de buscar alivio o relajarse. Ellos se estresan y tensionan al hablar de un conflicto sin solución. En todo caso queda claro que en la pareja y en situaciones íntimas, ellos son menos comunicativos, contrario a su contribución conversacional en el ámbito público y social. Si bien no hay que olvidar que ni todos los hombres ni todas las mujeres son iguales y que se trata de ciertas tendencias estudiadas o que podemos advertir a nuestro alrededor en ocasiones, y ahora puestas en boga por la psicología, la terapia de pareja y las publicaciones de autoayuda, no sólo desde la lingüística.

A menudo en varias culturas, y la mexicana no es la excepción, se utiliza el silencio masculino a modo de castigo (Castañeda, 2002) —aunque el femenino también. Como dijimos, cuando las mujeres se dirigen a alguien y le hablan, a veces es una suerte de premio y muestra de valoración hacia esa persona (García Mouton, 2003). Los hombres se instalan con facilidad en el silencio, porque no tienen ganas de conversar, pero las mujeres que consideran la conversación como placentera y cordial no se sienten cómodas en el silencio, no lo entienden, y en ocasiones lo interpretan como algo hostil (García Mouton, 2003), aunque no sea siempre esa la intención. Desencuentros y coincidencias en la complejidad de toda comunicación verbal en la interrelación social, analizada aquí, según el género, es más, en la complejidad del pensamiento (Morin, 2007) y de la existencia misma.

Estilos de mujeres

Esta aproximación al tema parte de la concepción de la construcción social de la realidad (Berger y Luckmann, 1986) y de la cultura, el género, el lenguaje, el habla. Por lo que se considera que hombres y mujeres aprenden a serlo, entre otras cosas, a partir del habla, de cómo se les habla desde la infancia y cómo ellos se expresan, lo que les dicen y lo que no les dicen. La endoculturación primaria es fundamental, culturalmente por medio de estereotipos y psicológicamente de introyectos.

[...] la noción de Chomsky de que el niño asimila una serie de reglas que más adelante le permiten producir oraciones gramaticales no es suficiente: el niño no sólo aprende la gramática sino que desarrolla un sentido en qué es lo apropiado. No basta con que sea lingüísticamente competente; para funcionar en el mundo real, también debe aprender cuándo hablar, cuándo callar, de qué hablar –y cómo hablar de eso– en circunstancias diferentes (Coates, 2009:143) [como ya señalamos en algún momento].

Diversos son los estudios que abordan el lenguaje en la educación y cómo hablan niños y niñas, así como su socialización y aprendizaje, que por supuesto tienen consecuencias en su construcción identitaria de género, en su desarrollo como personas adultas y en el uso que hacen de la lengua (Bardwick, 1983; Buxó, 1988; Ricci y Zani, 1990; Sau, 1990; Badinter, 1993; Jayme y Sau, 1996; Fisher, 2000; Bengoechea, 2003b; Lozano, 2005; Coates, 2009).

La pionera Robin Lakoff (1973) habla de “lenguaje de las mujeres”; Ervin Tripp, de “estilo” –confluencia de rasgos diversos, pertenecientes a diferentes niveles estructurales de la misma–; Fishman se refiere a “tipo” –como subcódigo– (Violi, 1991). Más adelante se habló de “estilo conversacional” (Tannen, 1996). Esto es, se reconocen ciertos rasgos preferenciales que caracterizan los usos lingüísticos de las mujeres y de los hombres. Sesgos y tendencias que afectan a fenómenos de diverso orden, desde el fonológico hasta el léxico-semántico, pasando por el sintáctico; y que demuestran que el lenguaje de las mujeres no es puro reflejo del de los hombres, ni únicamente está subordinado a éste. Tiene rasgos de dominación, como también de subversión, depende de la

interpretación y de dónde ésta tenga puesta la mirada. Es una forma de hablar diferente; a veces, semejante; otras, dinámica; y en continuo cambio, siempre.

Somos conscientes del “peligro de simplificar cuando nos referimos a los estilos femenino y masculino de comunicación, parece innegable que una serie de características son usadas preferentemente por las mujeres en su interacción diaria con las demás personas, y otro número de rasgos son preferidos por los hombres” (Bengoechea, 2003a:2). En todo caso, todo es ambiguo y posee múltiples significados que no siempre son claros ni para quien escribe ni para las especialistas en la materia, como sostiene Deborah Tannen (1996) con un ejemplo de la vida cotidiana que cualquiera puede observar y tener claro: hablar puede ser a veces estrategia de dominación, pero en otras ocasiones puede significar lo contrario.

Hay quien afirma todavía que conviene parecer dulce:

La mujer debe ser expresiva en su vocabulario y en su forma de hablar, pero tiene –según los cánones al uso– que causar la impresión de ser suave, y, para ello, debe usar todos los recursos lingüísticos a su alcance para resultar moderada, modesta, paciente, nada agresiva. El papel social que le ha estado reservado a través del lenguaje es el de la pasividad activa, si se puede decir así. La mujer debe ser buena conversadora, pero no debe ser ella la que lleve la conversación, aunque sí la que la encauce a base de escuchar atentamente, hacer preguntas oportunas, mostrar interés, etc. La mujer tiene que parecer poco asertiva, es decir, no discutir ni defender acaloradamente sus puntos de vista, ni afirmar ni negar tajantemente. Esas normas no escritas, que hoy ya no resultan tan válidas, no son más que la cara externa del comportamiento social que históricamente se ha considerado correcto para una mujer. Hoy afortunadamente están cambiando las cosas, pero, aún así, se ve con buenos ojos a la mujer que consigue sus objetivos evitando la discusión o el lenguaje directo (García Mouton, 2003:89).

Como se dijo, astucias femeninas (Juliano, 1992), estrategias adaptativas y ajustes creativos o reiterativos con objeto de posicionarse socialmente de la mejor manera que se puede o se cree que se puede; eso sí, como actora social, no como objeto pasivo. Toda vez que también las mujeres sobresalen en algunos aspectos expresivos y los emplean consciente o inconscientemente, pero en todo

caso, ahí están, ya estudiados y conocidos, aunque quizá no suficientemente subrayados y difundidos (Buxó, 1988; Jayme y Sau, 1996; Juliano, 1998; Fisher, 2000).

Para concluir:

Queda claro que, aunque en otros aspectos hay coincidencias, los hombres y las mujeres prefieren estilos conversacionales distintos. Las mujeres –por lo menos en la mayoría de las sociedades occidentales– prefieren un estilo de habla cooperativo a través del cual apoyan al otro hablante utilizando la lengua de forma tal que enfatice su solidaridad con la otra persona. Por el contrario, los hombres utilizan una serie de estrategias conversacionales que pueden ser descritas como de un estilo competitivo en el que se hace hincapié en su propia individualidad y en las relaciones jerárquicas que establecen con otros (Cheshire y Trudgill cit. en Coates, 2009:212).

Así las cosas, si en la cita inicial de este capítulo se afirma que “somos lo que decimos y hacemos al decir” y lo que nos dicen y hacen al decirnos, al llegar a este punto podríamos añadir que también importa de qué forma lo decimos y cómo nos lo dicen.

No hay mucho que agregar, salvo algunas cuestiones de carácter práctico, ya que si queremos cambiar realmente, lo primero es observarnos y aceptarnos y luego dejarnos fluir. Para ello hay que empezar por percibir la utilización del lenguaje en nosotras/os y en las otras/os. Reconocer cómo nos expresamos y cómo se expresan las personas de nuestro entorno. Además de partir de la valorización de los estilos femeninos, sin desvalorizar los masculinos, y por supuesto, aceptar las semejanzas y diferencias que tienen hombres y mujeres al hablar y conversar. Reflexionar, y promover la reflexión crítica en su caso, sobre los usos lingüísticos androcéntricos y sexistas, desde la invisibilización morfológica hasta la desvalorización léxica, pasando por la crítica al estilo conversacional femenino o la sobrevaloración del masculino.

Si queremos transformar nuestra vida, relaciones, o la sociedad en su conjunto, cada quien le apuesta a lo que considera más conveniente o positivo. Es posible iniciar con algo tan sencillo como pequeños cambios en el habla. Pueden provocar respeto o risa, resultar difíciles o fáciles, en todo caso, se trata de una mínima contribución al cambio de orden simbólico y lingüístico, de significado,

cultural y emocional, en el cual se considere positivamente a hombres y mujeres, con igual comprensión, aceptación y valoración; con sus diferencias y semejanzas, con sus relaciones de poder y con la construcción social de la diferencia sexual, del lenguaje, del habla y la conversación, día a día, minuto a minuto, como creación cotidiana, viva y humana.

Una vez revisado el uso del habla y algunas cuestiones referentes a su utilización específica por hombres y mujeres, nos adentraremos en su empleo en conversaciones, ya sean éstas de carácter intergenérico o intragenérico, y en la revisión de estudios existentes sobre el tema, con cierto auge en nuestros días.

Somos lo que decimos y hacemos al decir. Somos lo que nos dicen y nos hacen al decirnos. Por ello las palabras importan y el lenguaje nos moldea, toda vez que también moldeamos el mundo a partir del lenguaje, reflejo y producto de la existencia. El objetivo de esta obra es mirarnos un poco más, darnos cuenta de cómo utilizamos el lenguaje y cómo somos utilizados y utilizadas por éste. Cómo co-construimos la vida y la sociedad como humanidad por medio de las palabras, las oraciones, los mensajes y los discursos, como mujeres y hombres. La relación con el lenguaje según los sexos sí importa ¿cómo tratan al lenguaje o cómo hablan hombres y mujeres? ¿cómo se emplea el lenguaje según los sexos? y ¿cómo aborda el lenguaje a los sexos, semántica y sintácticamente? o ¿de qué manera se refiere a hombres y a mujeres? Para ello, se ha revisado una amplia bibliografía del tema y se apuntan ejemplos prácticos útiles sobre el asunto. Y es que un objetivo es también ofrecer una breve guía orientativa en aras de un lenguaje no discriminatorio para las mujeres ni para los hombres, más equitativo, y más allá de lo políticamente correcto, más diverso, tolerante y solidario. Algo que se desea destacar es el amplio abanico de posibilidades con las que ya cuenta la lengua para reformularse desde un lenguaje no discriminatorio y correcto, esto es, hay varios recursos alternativos a elegir o estrategias lingüísticas para evitar el androcentrismo y el sexismo lingüístico.

La voluntad y la intención también cuenta, pero desde la conciencia, la sensibilidad y la libertad. Se pretende llamar la atención, darnos cuenta, percibir la discriminación para y en la medida de lo posible si así se desea, ir cambiando algunas de las prácticas lingüísticas. Conscientes que transformar el lenguaje no es transformar la sociedad y que lo primero sin lo segundo carece de sentido, pero con la esperanza también de una humanidad más equitativa, no a golpe de ley sino en el fluir de la conciencia.

